
La muerte se confiesa

Por Eduardo González-Viaña

Ahora ya sé cómo es la muerte. Es toda una dama. De pura casualidad, la vi ayer por la tarde en el jardín mientras ella se andaba abanicando como hace ahora todo el mundo con estos calores. No sé si al mismo tiempo se miraba en un espejo o tan sólo observaba el aire para encontrar allí algún recuerdo que se le había perdido; lo cierto es que parecía que ese recuerdo la andaba esquivando.

Pensé que no me había visto e hice un rodeo para no pasar junto a ella, y eso no porque no quería que me viera sino porque me parecía incorrecto molestarla. “Gracias por tu gentileza, hijito, se nota que eres realmente un caballero” —me dijo una voz que clarito era su voz, pero que parecía estar dentro de mí naciendo— “Ya sé que lo haces por cortesía, y haces bien porque tú todavía no tienes que preocuparte: no es tu hora. Mas bien, pasé por aquí porque voy a visitar a tu vecino, y quise descansar un rato; además, me encanta la mecedora blanca que tienes aquí. ¿La tienes desde hace mucho tiempo? Caramba, ahora sí parece que me estoy poniendo vieja, pero claro si fue de tu abuelita que te la dejó en herencia, y me acuerdo perfectamente de la vez en que vine por ella, y hacía un calor de los demonios, de modo que me senté a descansar mientras le dejaba tiempo al cura para darle los últimos sacramentos, y tu abuelita: no vaya tan rápido, padre, le dijo al cura; deje que descanse un poco esa señora; ¿a qué señora te refieres, hijita?; a la muerte, dijo tu abuelita, que acaba de llegar, y está balanceándose en la mecedora. Pobrecita, debe estar muy cansada, a ver si le ofrecemos un refresco. ¡Qué mujer tu abuelita! ¡No, de ella te viene que me caigas tan simpático!

Otra vez, usted, con sus fantasías, cómo que está viendo a la muerte, si todos sabemos que la muerte es esencia, pero no es forma. ¡Ay, padre!, déjese de metafísicas, y ofrézcale un traguito de esos que están en la despensa escondidos para mi velorio. A ver, háblele en latín. A lo mejor, ella lo comprende. Y el cura dale con que la muerte no existe, doña Filomena, por lo menos en su forma física, es decir como usted y yo nos vemos. Aguante un rato, padre, que parece que mientras hablábamos, la señora ésa que usted dice que no es la muerte se ha quedado dormida. Y yo que fingía dormir para darle tiempo a tu abuelita para que se pusiera en forma. Ah, qué mujer tan simpática. A propósito, hijo, ¿sabes qué ha sido del padre Francisco?, porque ese hombre ya debe estar muy viejo, y no recuerdo haberlo visto en ninguna de mis listas. ¿No se me estará pasando? Pero, claro. Ése es el que me faltaba. Ayer estuve haciendo cuentas, y no cuadraba. A ver, claro, es uno que debió morir en 1960, o sea que se ha pasado más de 30 años. Pero, ¡qué bárbaro!, este hombre debe tener ahora 115, y el pobre debe estar loco por verme llegar cuanto antes. ¡Ay, hijo!, lo que es a mí este trabajo ya no me está gustando, y a veces siento unas ganas inaguantables de dejarlo, sobre todo en esta época temible. Porque como sabrás, hijo, una puede ser todo lo que tú quieras menos clandestina, y ése es el trabajo que me están dando en tu país. ¡Cómo que no sabes lo que significa para mí andar de clandestina! ¿De veras no lo sabes? Bueno, pues te lo explicaré en palabras sencillas, como para que tú me comprendas: la cuestión es que de un tiempo a esta parte,

los militares y la policía han inventado un estado especial que no es la muerte, pero tampoco es la vida, y están metiendo allí a mucha gente, tantos que ya resulta difícil contarlos, y además una se confunde. A un hombre cualquiera lo esperan a la salida de su trabajo o van a buscarlo a medianoche en su casa, echan la puerta abajo, lo obligan a levantarse, lo separan de los suyos, lo llevan a cualquier cuartel o comisaría, y allí se pasan la noche con él demandándole que se declare culpable, culpable de qué pregunta él, y a lo mejor es tan sólo culpable de haber nacido, y el tiempo se va corriendo asustado para no ver lo que le hacen, y por la mañana ya a ese hombre no lo puedes contar en el registro de los seres vivos.

Pero tampoco en el de los muertos porque la policía y el ejército ya se habrán encargado de decir que no pudo haber muerto porque tal vez jamás había existido, y si ustedes quieren, entren al cuartel, aquí nunca estuvo ni volverá a estar. Y entonces, ¿qué haces tú si eres la muerte? Nada, hijo, trabajar de clandestina, llevártelo sin llevarlo, cargarlo pero con duda, qué alma va a tener una para hacer ese trabajo. ¡Ay, no hijito, felizmente que ya falta poco para que se acabe el tiempo!

Pero estábamos hablando de la vez en que vine por tu abuelita. Mejor dicho, yo te estaba contando que cuando tu abuelita me creyó dormida sobre la mecedora: acérquese, padre, porque voy a hablarle de un pecadito, le pidió al padre, al padre.... Caramba, otra vez se me fue su nombre. Pero, doña Filomena, a su edad, de qué pecaditos me va a hablar. En todo caso, déjeme contarle un secreto, le dije en un tono muy bajo, y yo sabía que lo estaba haciendo de puro considerada, como para que yo pudiera echarme esa siestecita. Y me parece que hasta allí nada más la escuché porque, gracias a tu abuelita, pude dormirme más o menos una media hora. Cuando desperté, ya se había ido el cura, y ya estaba la viejita esperándome. Ya estoy lista, me pasó la voz, se nota de lejos que viene usted muy cansada y me alegra que haya podido reposar en mi

casa. No, qué usted, doña Filomena, es usted muy fina. Ojalá siempre tuviera que tratar con gente como usted, le dije mientras le arreglaba el pelo y la tornaba joven y ligerita para que pudiera acompañarme por esos andares del cielo. Ah, qué dama tan simpática y tan conversadora. Durante todo el camino, me habló de sus amistades y de su familia, incluso me dio algunas recetas de cocina, y se lamentó de no tener papel y lapicero para apuntar los ingredientes. Es que usted se va a olvidar, me advirtió, porque se nota que es usted muy distraída, tiene usted el aire típico de los artistas y los intelectuales, y ese vestido negro es muy elegante, siguió diciendo para halagarme. Conozco algunos escritores, sabe, y tengo un nieto que a lo mejor escribe una historia sobre este encuentro entre nosotras. Y cuando ya volábamos lejísimo del talán talán de su sepelio y estábamos a punto de llegar al paraíso, me hizo prometerle que siempre que pasara junto a su casa, me detuviera un instante a descansar en la mecedora. ¡Qué falta de confianza!, con lo bien que se la ve a usted después de la siesta. Prometido, doña Filomena, eso es lo que haré, pero no se lo vaya a contar a nadie, le respondí. ¡Ay, por favor, señora!, eso está descontado. Eso sí, quisiera pedirle un favor si es que fuera de su voluntad cumplirlo. Pero, por supuesto que lo cumpliré, y gracias por la oportunidad que me da de servir a una persona como usted. Entonces, le pido que si alguna vez se encuentra con mi nieto, dígame que conserve siempre la mecedora, que no la vaya a regalar ni vender y que no se olvide que era mi silla favorita, y todo lo que le hablé sobre ese mueble la última vez que nos vimos. Se lo prometí, y, mire, qué casualidad, ahora estoy cumpliendo con mi promesa, y ya que estamos en confianza, haga como si no me hubiera visto, déjeme tomar una siesta," *me pidió la muerte mientras se le cerraban los ojos.*

Y mientras la señora muerte dormía, entré en mi casa y en mis recuerdos, y clarito comencé a entender el mensaje de mi abuela. Me acordé de que cuando vine a visitarla unos meses antes de su partida, ella también había estado gozando de la

mecedora: Esto es lo que he aprendido en la vida, me dijo. Cuando a alguien ya le toca irse, debe comerse la memoria, ir borrando poco a poco el rastro de los años, y por eso los viejos nos sentamos aquí a olvidar, y a olvidarnos. Y me contó que después de cada siesta la mecedora le comía el recuerdo de un rostro, de una voz o de algún nombre: Se me va, se me borra, se hace aire. Justo en ese momento, entendí por qué la muerte se había olvidado del padre Francisco, y comencé a adivinar sus próximos olvidos, y supe que el humor y el amor me vienen de familia, y sentí que alguien me sonreía desde el cielo, y un pájaro se quedó cantando sobre un árbol hasta que la rama donde estaba posado se hizo aire y olvido, y entonces el pájaro se fue volando y escuché el murmullo de una apacible siesta en la mecedora, y comencé a pensar lo que le estoy diciendo: Por fin he conocido a la muerte, es toda una dama.

Eduardo González Viaña

recibió el Premio Nacional de Fomento a la Cultura, la mayor distinción literaria del Perú, cuando tenía veintiséis años de edad, con su libro de cuentos *Batalla de Felipe en la casa de palomas* (Buenos Aires: Losada, 1970). Además, ha publicado, entre otros textos, *Los peces muertos* (Trujillo, Perú: Casa de la Poesía, 1964), *Identificación de David* (Lima: Universo, 1974), *Habla San Pedro. Llama a los brujos*. (Barcelona: Argos Vergada, 1979) y *Sarita Colonia viene volando* (Lima: Mosca Azul Editores, 1990.) La maestría de su prosa y los valores que transmite lo sitúan entre los escritores más importantes de la literatura latinoamericana de hoy. Actualmente es profesor visitante en la Universidad de California, Berkeley, en el Departamento de Español y Portugués.